

HIJOS DEL GRAN ARQUITECTO

IÑAKI ZULOAGA

ALTUNA BOOKS

«La base de todo orden político es la soberanía del pueblo».

Samuel Adams.

«Consideramos evidentes por sí mismas las siguientes verdades: Que todos los hombres han sido creados iguales, que han sido provistos por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre los que se encuentran, la vida, la libertad y el fomento de la felicidad; que para asegurar estos derechos se han instituido gobiernos entre los hombres, gobiernos que derivan sus poderes legítimos del consentimiento otorgado por sus gobernados; que cuando una forma de gobierno es perjudicial para estos fines, el pueblo tiene derecho a cambiarla, abolirla y a establecer un nuevo gobierno que se base en principios tales y organice su poder en forma tal que resulte la más apropiada para procurar su seguridad y felicidad».

Declaración de Independencia de los EEUU, 1776.

Hijos del Gran Arquitecto

Iñaki Zuloaga

Altuna Books
Primera Edición: Mayo 2017
Impresión: Centro Gráfico Ganboa
ISBN: 978-84-617-7105-9
Depósito Legal: SS-409-2017
© Copyright: Iñaki Zuloaga, 2017

Imagen de cubierta: Washington cruzando el Delaware, Emanuel G. Leutze, 1851, (The Metropolitan Museum of Art, Nueva York, EEUU).

Respetable Logia Altuna N.º. 52
(Gran Logia Simbólica Española)

www.rlaltuna.com
www.glse.org

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra, a través de cualquier medio, sin el permiso expreso y por escrito del titular del copyright.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
PARÍS - LA LOGIA LIBERTAD	17
JUNTO AL TÁMESIS	31
LA ROSA ROJA	43
LA RUTA DEL SUR	55
AHIMÁN	71
BURDEOS	89
COMPAÑÍA GUIPUZCOANA DE CARACAS	101
BRISTOL	109
EUGENE	123
SURCANDO EL ATLÁNTICO	151
TERCEIRA	179
DUELO EN EL MAR	207
LA ESTRELLA SOLITARIA	247
EL MONTE	277
LA ISLA DEL LOBO	299
EPÍLOGO	325
NOTAS Y AGRADECIMIENTOS	327

INTRODUCCIÓN

La Guerra de Independencia Americana

La Guerra de Independencia de los Estados Unidos, en la que se enmarca la acción de esta novela, fue conocida también como la Guerra de las Trece Colonias (1774-1781). El prelude de esta guerra fue la denominada en Europa Guerra de los Siete Años (*The French and Indian war 1756-1763*), en la que los franceses perdieron todas sus posesiones en América del Norte frente a los ingleses. Quedaron pues, derrotados y deseosos de una revancha, por lo que no dudaron en apoyar con vehemencia la causa de los independentistas en las colonias americanas. Por otra parte, las represalias contra los colonos tras la derrota francesa, condujeron a grandes excesos y desaciertos de la Corona Británica, tanto a nivel comercial como especialmente a nivel fiscal, que desembocaron en los sucesos de 1773 conocidos como *Tea Party*. Tres navíos cargados de té y procedentes de Inglaterra, fueron abordados sigilosamente por miembros de la masonería de Boston disfrazados de indios, y tras apoderarse de las naves, destruyeron los cargamentos arrojándolos al agua. Si los americanos habían de pagar impuestos, pensaron que era mejor si los pagaban en su propio beneficio y no en el de la metrópoli.

En 1774 se reúne el Primer Congreso Continental en Filadelfia y se inicia el camino hacia la independencia. En ese camino, las Logias masónicas juegan un importantísimo papel, pues la mayoría de los políticos involucrados en los acontecimientos pertenecen a la hermandad. La secesión independentista, tiene además un profundo ideario liberal, heredada de los principios masónicos de sus impulsores.

En abril de 1775 se inician las hostilidades y se producen los primeros combates. El Segundo Congreso Continental se reúne nuevamente en Filadelfia y asume funciones de Gobierno Nacional. Nombra a catorce generales para organizar el ejército y a propuesta del masón John Adams, que posteriormente será el segundo presidente de los EEUU, se nombra al también masón George Wasingthon, posteriormente primer presidente de los EEUU, comandante en jefe del ejército de la joven y emergente nación.

Ya en 1776, tras declarar el Congreso que son una nación libre y soberana, se produce la Declaración de Independencia el día 4 de Julio, impulsada por tres insignes miembros de la masonería americana: George Wasingthon, John Adams y Benjamín Franklin, secundados

por Thomas Jefferson cuya pertenencia a la Orden no está probada, aunque fuese claramente filomasón y defensor de sus principios.

Nace así la República Federal de los Estados Unidos de Norteamérica, primera República Liberal y Democrática de la historia y en la que los masones concretan en forma de Estado la síntesis de sus ideales. La soberanía popular, tras siglos de secuestro por diferentes minorías nobiliarias y/o eclesiásticas, llega al pueblo que la ejercerá a través del sufragio universal y de los representantes en los Parlamentos. Nace así el embrión de todas las democracias parlamentarias occidentales, que se desarrollarán al amparo de estos principios, propiciando la mejora material, intelectual y moral que impulsa la Masonería universal y que a lo largo de los siguientes doscientos cincuenta años, derivará en nuestros Estados del Bienestar y en el dominio de los Imperios de la Ley.

Pero la Guerra de independencia camina por malos derroteros en sus comienzos. El ejército inglés es un ejército profesional y además cuenta con la ayuda de algunos destacamentos de caballería alemana, (el reinante Jorge III es un Hannover de origen alemán) por lo que los colonos, mal organizados y peor armados, no representan un peligro para ellos, especialmente en campo abierto. Los insurrectos deben desarrollar una guerra defensiva de guerrillas, pero en campo abierto son sistemáticamente masacrados. En los círculos internacionales no se les concede ninguna posibilidad contra el ejército inglés y el mundo aguarda expectante a que sean derrotados.

Es precisamente esta superioridad, la que se convertirá a la postre en la tumba del ejército británico. Unida a su tenacidad defensiva, los colonos cuentan con un aliado inesperado, la soberbia de los generales ingleses que les impide liquidar la guerra rápidamente. De la guerra en emboscadas y las cuantiosas pérdidas que suponen para los casacas rojas, se pasa a una apabullante derrota en Saratoga en 1777, y el general británico Burgoyne se rinde con sus tropas y seiscientos húsares alemanes. Es el principio del fin.

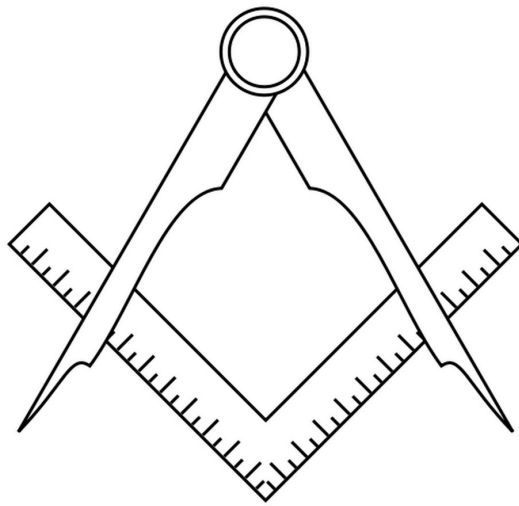
El año 1778 marcará la apertura del frente sur, la obtención por parte de los insurrectos de reconocimiento internacional y la mejora de sus aprovisionamientos y armamento. Finalmente, tanto Francia como posteriormente España entrarán en la guerra (Tratado de Aranjuez). Estos dos países enviarán desde mediados de 1778, ya abiertamente, soldados, armas y fondos para abastecer a los colonos. El marqués de La Fayette desde 1777, el conde de Rochambeau y el marino De Grasse, así como otros insignes miembros de la nobleza y de la masonería francesa, se unen a la causa de la República americana.

En 1781 el general Cornwallis, rodeado en la ciudad de Yorktown por tropas americanas y francesas, capitula con todas las tropas británicas a su mando. Aún durarán las hostilidades casi dos años más, pero lo que pareció un sueño de cuatro colonos locos acaba por triunfar. «¡Oh Dios, todo ha terminado!», exclama angustiado lord North, primer ministro de Su Majestad.

Las Trece Colonias del rey Jorge III en América del Norte, dejan de serlo para convertirse en la República Federal de los Estados Unidos. El Tratado de Versalles de 1783 ratificará los acuerdos.

IZ

Pero a comienzos de 1778 las espadas están en alto y los dados del destino giran en el aire, esperando el momento de señalar el futuro...



...en algún lugar en el sur de Norteamérica.

PARÍS - LA LOGIA LIBERTAD

*Puerto de El Havre, cerca de París
Enero de 1778*

-1-

Manex Lamark desembarcó con las primeras luces de la mañana. Había sido un largo viaje desde las posesiones francesas en la isla de Martinica, en las que había residido los dos últimos años. Tras una intensa etapa de su vida, que incluía varios años de guerras y arduas misiones militares, había descansado durante los dos últimos años en la hacienda azucarera que su familia regentaba en la hermosa posesión antillana. Había sido un cambio radical en su vida, cambio que todo el mundo esperaba resultase saludable para su cuerpo y especialmente para su espíritu. Lo que sí podía considerarse cierto, más allá de toda duda, era que volvía convertido en un experto en el arte de destilar ron, uno de los tesoros comerciales de la isla caribeña.

Desde que las lanchas de remolque habían tomado las estachas de la nave para remolcarla hasta los muelles, Manex había permanecido sobre el puente, atento a todas las maniobras y ansioso por llegar a tierra. Su enorme estatura, incrementada por su sombrero y la pluma que lo coronaba, destacaba entre los ocupantes de la toldilla de la nave. En cuanto se había hecho evidente la costa de Francia, había comenzado a prepararse para el desembarco. Qué gran placer había sentido al recuperar los ropajes europeos, largamente olvidados en los baúles de la hacienda, las botas altas de cuero que le habían acompañado en tantas aventuras y su recio capote de invierno, imprescindible en aquella época del año en la fría Europa. El calor y la humedad del trópico quedaban ya lejanos y olvidados ante el frío, el viento y la lluvia con las que le recibía su querida y añorada Francia.

En cuanto la goleta estuvo sólidamente atracada al muelle, tomó su escaso petate, y saltó a tierra con gesto alegre. La alegría era una predisposición del carácter de Manex. No había día en el que su despertar no estuviese presidido por un vivo sentimiento de alegría, aunque desgraciadamente nunca podía garantizar que esa sensación fuese a acompañarle a lo largo de toda la jornada. Muchas veces incluso parecía desvanecerse recién levantado, pero Manex lo consideraba un don divino, una agradable sensación con la que comenzar cada nuevo día.

Los graznidos estridentes y peculiares de decenas de gaviotas le hicieron mirar al cielo, para contemplar las aves que sobrevolaban el muelle en busca de cualquier menudencia que pudiera ser ingerida. Le gustaban las gaviotas. Tenían mala fama entre los marineros, y ciertamente eran unos pájaros crueles con los náufragos, pero eran aves que siempre aparecían cerca de la costa y su presencia era el preludio de la llegada a puerto. Para Manex, eran pájaros que anunciaban una buena noticia, como era la inminente posibilidad de poner pie en tierra firme. Sonrió. Estaba de buen humor y se sentía bien.

Siempre se sentía especialmente bien al pisar el suelo de su amado país. Dos años, dos largos años había permanecido lejos, y ahora al tocar puerto, todos aquellos olores y colores tan familiares, le llegaban agolpados en señal de bienvenida. Era una combinación extraña, mezcla de salitre y pescado, de algas y alquitrán, que muchos podrían incluso considerar nauseabunda, pero que a él le parecía irresistible.

Recorrió a paso ligero los escasos cien metros que le separaban de las oficinas de la Compañía Comercial de las Pequeñas Antillas, sonriendo y saludando a quienes se cruzaban en su camino. Tuvo que sortear todo tipo de obstáculos en forma de bultos y cajas, apilados en precario equilibrio y extremo desorden a lo largo de los interminables muelles del puerto comercial más cercano a París. Todo tipo de mercancías de las posesiones francesas de ultramar, de los puertos más importantes de Europa, así como de otros puertos de todas las regiones de Francia, llegaban cada día a El Havre, para abastecer el insaciable apetito de la reina de las ciudades, su anhelada París.

En la oficina de la compañía, le esperaba un comunicado...

—¿Hace cuántos días llegó este mensaje? —preguntó al mozo que atendía la oficina de mensajería de la compañía comercial.

—Este llegó hace una semana —le respondió de manera inmediata—. Yo mismo lo recogí.

—¿A qué os referís con «este»? ¿Acaso ha habido «otros»? —le inquirió Manex con un gesto enérgico, apoyado en su respetable altura y sintiéndose intrigado.

—Sí señor. Un caballero de París ha estado trayendo nuevos mensajes y retirando los anteriores desde hace tres semanas, que es el retraso que ha acumulado la nave en la que habéis llegado, monsieur.

—Gracias —fue la escueta respuesta de Manex a quién el mensaje empezaba a quemarle las manos—. Por cierto —añadió mientras

cerraba la puerta—, en mis aposentos del barco he dejado un baúl con algunas pertenencias que no me son necesarias. Disponed de ellas como gustéis.

El muchacho sonrió complacido. Siempre había cosas que dejaban olvidadas o abandonadas los pasajeros y que le aportaban algunos ingresos extras. Nada excesivo, desde luego, aunque tampoco nada desdeñables en aquellos atribulados días.

—Se hará como disponéis —respondió sonriente el muchacho.

Manex abandonó las oficinas presuroso y comenzó a romper con impaciencia el sello lacrado que cerraba el mensaje y en el que reconoció enseguida la inconfundible marca de la familia Montagnac. Era un mensaje largo y extraño que le remitía a una reunión en París, que tendría lugar en un punto geométrico conocido solo por los Hijos de la Viuda, nombre por el que se conocía a los miembros de la fraternidad de los Francmasones, a la que pertenecía.

Cerró el mensaje y musitó para sí mismo un escueto «*justo a tiempo*», mientras que acudían a su mente las palabras contenidas en la carta que le había empujado a su regreso precipitado desde las posesiones antillanas: «*Acontecimientos de máxima importancia y gravedad*» iban a tener lugar en los próximos meses en París. Sin más dilación se aprestó a tomar las disposiciones que le permitiesen llegar a la ciudad aquella misma noche.

París *Un día después*

-2-

París, la ciudad de la Luz, del conocimiento y del saber, era también el mayor exponente de las sombras que oscurecían aquel siglo luminoso para la razón, pero tenebroso para la fraternidad. Grandes avenidas, soberbios edificios públicos, suntuosos palacios y espléndidos monumentos rivalizaban con la pobreza extrema de muchos de sus habitantes, la degradación de sus arrabales, la suciedad y el hedor insoportable de sus calles y de su río, y constituían las señas de identidad de una urbe que ya superaba el medio millón de habitantes.

Un todavía joven Luis XVI, continuaba la tradición heredada de sus predecesores. Una vida de ostentación y licencia, ajeno a los sufrimientos de su pueblo y a los incipientes vientos revolucionarios que, poco a poco, empezaban a soplar como una nueva brisa, nacida de la

falta de esperanza de sus habitantes, de los hediondos olores de la ciudad, de la nula calidad de vida, y de la certeza que acompañaba a sus moradores de que la muerte les sobrevendría siendo todavía escandalosamente jóvenes. No faltaba mucho tiempo para que sucediese lo inevitable. Las aguas aún tranquilas pronto formarían una imparable riada que arrastraría no solo la cabeza del monarca, sino toda la podredumbre y corrupción de aquella clase social, que durante siglos había conducido los destinos de Francia, y que ajena a su fracaso histórico, seguía instalada en la pereza y el vicio, más preocupada de su vestuario que del futuro de su pueblo. Pero de momento, la cabeza del Borbón seguía en su sitio y los *sans culotte* pululaban por París, sin más preocupación que encontrar lo suficiente para sobrevivir un día más en aquel infierno rodeado de lujo.

Logia Masónica Libertad Afueras de París

-3-

El carruaje avanzaba ligero por la Rue de Chartrois. El conductor, que hasta entonces había dejado trotar a los caballos alegremente, los sujetó con firmeza para doblar en la Rue de L'Orient, con dirección a la Place Chablis. A media calle, detuvo bruscamente el carruaje al sentir los golpes de un bastón sobre la mirilla situada justo detrás del pescante.

El caballero de capa y sombrero negros, descendió elegantemente. Sin mediar palabra, le acercó unas monedas con su mano derecha, al tiempo que su bastón golpeaba el lateral del carruaje, indicando al cochero que podía continuar sin atender a la devolución del cambio.

El caballero esperó pacientemente hasta que el carruaje desapareció en la oscuridad. Escuchó con atención los sonidos de la noche. El silencio dominaba sobre la oscuridad, tenuemente matizada por el brillo difuso de un lejano farol. Retrocedió bordeando un muro de piedra, hasta llegar a la verja forjada que había dejado deliberadamente a sus espaldas. Penetró en el jardín, no sin antes lanzar por última vez, una rápida mirada a su alrededor. Estaba solo.

Con paso firme, se dirigió hacia el sólido edificio de estilo neoclásico que se adivinaba al fondo de la propiedad. Caminó acompañado por el sonido rítmico de la gravilla que cedía bajo sus botas. Subió los tres escalones que encontró al final del sendero, y se encaró con las dos enormes puertas de roble macizo lacadas en negro, adornadas con sendas aldabas imitando unas ramas de acacia.

Golpeó rítmicamente tres veces y esperó.

La mirilla, situada a media altura de la puerta se abrió, y entre susurros se produjo un intercambio de contraseñas antes de volver a cerrarse.

Finalmente la gran puerta se movió lentamente y el caballero franqueó la entrada.

—¡Monsieur Lamark! Qué gran placer. Hacía tanto tiempo que no disfrutábamos de su compañía. Ni siquiera sabíamos que os encontrabais en París.

François Yves de Montagnac, Venerable Maestro de la Logia Libertad, era quien así le saludaba, mientras el hermano Guarda Templo se hacía cargo de su capa y su sombrero.

Yves de Montagnac se acercó, para darle los tres besos que constituían uno de los saludos rituales de los masones, y al acercarse a su mejilla le susurró:

—Mañana al mediodía, te espero en la casa de Yvry. No faltes y recuerda que nada de lo que acontezca hoy te concierne... ¡Querido Manex! —continuó efusivo—. Venid a saludar al resto de los hermanos. Hoy estamos todos y hasta vuestro gran amigo Armand de Azincourt nos ha honrado con su visita.

En Pasos Perdidos¹, los hermanos de la Respetable Logia Libertad, al Oriente de París, charlaban amistosamente mientras se ataviaban con sus prendas rituales, mandiles ricamente decorados y bandas con bordados que simbolizaban las diferentes herramientas masónicas, que competían en belleza y contenido simbólico.

—¡Manex! ¡Por todos los diablos! ¿De dónde sales? ¡Te creía en tus inhóspitas montañas vasconas, o disfrutando de la vida en la Martinica! ¡A mis brazos!

Quien con tanto alborozo le recibía, esbozando una enorme sonrisa, no era otro que su gran amigo Armand de Azincourt. Literalmente se abalanzó sobre Manex para abrazarlo.

—Manex, cuánto te he echado de menos —le decía mientras le abrazaba repetidamente y le besaba tres veces en las mejillas—. Empezaba a pensar que nunca más volveríamos a vernos.

—Querido Armand, ni la flota inglesa que bloquea El Havre hubiera podido evitar que viniera a visitaros antes de volver a casa, aun-

1 Antesala de un Templo Masónico.

que he de decir en honor a la verdad que de los malditos ingleses no pudimos ver ni tan siquiera sus altivos y ridículos gorros marineros.

—Sin duda conocían la naturaleza de la carga que transportaba el barco y decidieron alejarse por si las moscas —replicó Armand mientras todos reían divertidos.

—Por cierto mi querido amigo, ¿cómo sigue la bella Marie?

La sonrisa desapareció repentinamente del rostro de Armand, y sus ojos brillaron, aún un poco más, mientras el resto de los congregados simulaban discretamente otras obligaciones protocolarias.

—Murió hace seis semanas...

El rostro de Manex se contrajo en una mueca de dolor y a sus labios no acudió ninguna palabra de consuelo para su amigo, pues la impresión que sintió le impedía articular sonido alguno. Sin decir nada abrazó a Armand, de cuyos ojos brotaban las lágrimas que a duras penas trataba de contener.

Tres golpes secos sobre el suelo de mármol anunciaron que el Maestro de Ceremonias se disponía a iniciar la entrada en el Templo, marcando así el inicio de los trabajos rituales de aquella Respetable Logia. Con gesto solemne se dirigió hacia el vacío.

—Hermanos Aprendices, seguidme.

Mientras los aprendices seguían al maestro hacia sus sitios en la Logia, Manex se sintió anonadado por la terrible noticia de la muerte de Marie, a quien había conocido y admirado no solo por su espontánea belleza, sino por su dulzura y delicadeza.

Manex trató de consolar a su amigo del alma, compañero de guerras y penurias, de penas y confidencias, de juergas y de amoríos.

—Armand. ¡Querido Armand! Cuánto lo siento —le dijo sin dejar de abrazarle—. No lo sabía, disculpa mi torpeza.

Los ojos de Armand brillaron con el fulgor de las lágrimas.

—No te preocupes Manex, ya sé que no lo sabías y que apreciabas mucho a Marie. Ella también te apreciaba y te quería, y se acordaba continuamente de ti, rogando al cielo que volvieras para ocuparte de mí cuando ella muriera.

La voz del Maestro de Ceremonias volvía a resonar solemne, llamando al trabajo ahora a los compañeros del taller.

—¡Hermanos Compañeros! ¡Seguidme!

Aunque tal conducta era absolutamente impropia de un masón a las puertas de un templo masónico al inicio de sus trabajos rituales, Manex no pudo reprimirse y se volvió a Armand. Bajo ningún concepto podía permitirse no estar con él antes de sus partidas respectivas de París.

—Debemos vernos Armand. Tras la ceremonia hablaremos y trataremos de...

No hubo tiempo para más. La voz solemne del Maestro de Ceremonias brotó nuevamente de forma clara, llamando, esta vez, a los Maestros de la Logia.

Todos entraron y ocuparon sus lugares en el Templo, sumido en la penumbra.

—¡Hermanos! ¡Las Tres Luces! En pie y al orden —anunció el Maestro de Ceremonias.

El Venerable Maestro, François Yves de Montagnac y sus dos Vigilantes, entraron en el Templo, que simboliza los cuatro puntos cardinales. El Venerable ocupó su lugar en Oriente, donde nace la Luz, e inició la ceremonia ritual de apertura de los trabajos...

Plaza de Chablis Cerca de la Logia

-4-

Mientras tanto en la Place de Chablis, la lluvia arreciaba y todos corrían a guarecerse del temporal. Era una lluvia violenta que desencajaba contraventanas y arrastraba lo que encontraba a su paso, y que formaba parte de aquel temporal del norte que azotaba la Ile de France desde hacía días, haciendo aún más difícil la vida en las ya complicadas calles parisinas.

Las puertas de la taberna del Ganso y la Parrilla se abrían continuamente dejando escapar de su interior los alegres sonidos de la música bretona y las carcajadas de algunos borrachos y mujeres de la vida. Esto era París, la ciudad de las tabernas y de las prostitutas. Por cuatro monedas uno podía conseguir lo que quisiera y la oferta era abundante.

En los soportales de la plaza, que hacían esquina con la Rue de L'Orient, una figura alta y estilizada, de larga cabellera negra, nariz afilada y que vestía una especie de larga chilaba parda oscura, casi

negra, que le confería cierto aspecto monacal, miraba fijamente en dirección a la calle, como tratando de penetrar la oscuridad con ojos de rapaz nocturna. No se movía y parecía mimetizarse con el fondo negro de la fachada de los edificios. Una ráfaga de viento empujó la lluvia dentro de los soportales y le mojó la cara y el cabello, pero la figura permaneció impasible.

Una muchacha que difícilmente superaría los dieciséis años se acercó de forma insinuante, atraída no solo por la posibilidad de conseguir algún dinero, sino por la fuerza casi siniestra que emanaba de aquel ser que al mismo tiempo producía una atracción irresistible.

—Disculpe monsieur. ¿No desearía pasar un rato con una bella alsaciana? No le costará mucho monsieur, y le garantizo que estoy libre del mal napolitano².

No se movió, ni cambió de expresión. De hecho pareció que ni tan siquiera hubiese oído la proposición de la muchacha, que se disponía a repetir su oferta de manera más sugestiva, cuando la tomó por el vestido con fuerza pero sin violencia. La atrajo hacia sí y le miró con unos ojos negros, profundamente hundidos en las cuencas escondidas detrás de una nariz afilada como un puñal, y que parecían tener más de cien años.

Ella sintió inmediatamente que el pánico se apoderaba de su ser. Trató de zafarse del extraño, pero sus enormes manos parecían garras dotadas de una fuerza sobrehumana. La retenía casi sin esfuerzo, y la muchacha nada conseguía a pesar de sus intentos por liberarse de aquel abrazo mortal. La atrajo hacia sí con decisión y volvió la cara para mirarle. Acercó el rostro de la joven hasta unos centímetros de distancia del suyo y le obligó a mirarle a los ojos. Ella comprendió la inutilidad de su resistencia y cesó en sus movimientos, entregándose a la fuerza de su mirada. En un solo instante, que recordaría toda su vida, recorrió en los ojos del extranjero todos los horrores que se reflejaban en sus pupilas. Vio la muerte y los sufrimientos indescriptibles a los que aquel ser humano debía de haber sido sometido y comprendió, sin embargo, que no tenía nada que temer de aquel hombre sin piedad. Seguramente jamás había recibido una caricia, pensó. Forzó un poco el gesto de su cara para acercarse y le besó ligera aunque cariñosamente en la mejilla. Él no se inmutó, pero le soltó lentamente. Luego, la muchacha creyó intuir en aquel rostro de pergamino algo parecido a una sonrisa. Regresó al local sin poder evitar que las piernas le temblasen.

2 Sífilis.

El extraño, imperturbable ante la lluvia que nuevamente mojaba los soportales, volvió a su expresión hermética y se concentró en la calle frente a él.

Logia masónica Libertad
La misión

-5-

Ajenos a las inclemencias meteorológicas de aquella noche de invierno parisina, la reunión de masones se acercaba a su punto culminante. El Venerable Maestro Yves de Montagnac, golpeó con su mazo de cantero sobre la mesa.

—Hermanos, la palabra va a circular por el Bien General de la Orden.

El silencio en la sala era denso. Todos sabían que aquella reunión precipitada de la Logia presagiaba algún acontecimiento importante, y que Montagnac solo había hecho circular la palabra en cumplimiento del Rito. Nadie hubiese osado perturbar aquel momento con asuntos menores.

—El silencio reina en ambas columnas, Venerable Maestro — anunció el Primer Vigilante.

Lentamente, Yves de Montagnac se incorporó. Avanzó sin prisa, como si el tiempo no contara, y descendió los tres peldaños que le separaban de la parte inferior de la gran sala. Avanzó aún unos pasos más, y se detuvo frente al Altar de los Juramentos. Todas las miradas le seguían con avidez. El silencio apenas quebrado por el rumor de sus pasos, era digno del momento. Del interior de su casaca, extrajo una especie de zurrón de bello terciopelo azul celeste. Sobre él y ricamente bordados en oro, destacaban una escuadra y un compás. Los símbolos de los maestros masones. Lo depositó lentamente sobre el ara de los juramentos, mientras todas las miradas convergían hipnotizadas y regresó a su lugar.

—¡Hermanos! —dijo en tono solemne para atraer la atención de los congregados—. Como sabéis, nuestros hermanos de ultramar en las colonias inglesas del rey Jorge viven tiempos difíciles. ¡Tiempos de guerra y de lucha por su libertad frente a la tiranía inglesa!, tiranía que se ha hecho más cruel y abusiva, si cabe, después de la guerra³, y de los abusos que siguieron a ella. Desde hace dos años, nuestros hermanos americanos sostienen una lucha heroica por su independencia.

3 Llamada de los Siete Años en Europa (French and indian war).